

EL MEJOR AMIGO ES UN BUEN LIBRO

Ventas

P. Miguel Selga S. J. June 1, 1932

Macaulay era un inglés rico y poderoso. En una carta escrita a una niña decía: "Si yo pudiera ser el rey más grande de la tierra, con palacios y jardines, exquisitas comidas y buenos vinos, magníficos trajes y centenares de criados, pero a condición de no tener nunca libros que leer, no querría ser rey: preferiría ser un pobre en una guardilla con un montón de libros que un rey, a quien no le gustase la lectura." Macaulay en inglés y el refrán en castellano proclaman que el mejor amigo es un buen libro.

Indudablemente los dos tienen razón. Hasta que muramos, tendremos mucho que aprender. Mil años que viviéramos, no alcanzarían para lograr el conocimiento cabal de todas las ciencias humanas y menos aun de las divinas. Sin embargo, en los breves momentos de nuestra existencia, podemos enriquecer nuestra mente con los conocimientos atesorados en los libros. En ellos los doctos y sabios de las generaciones pasadas han archivado el fruto riquísimo de su genio portentoso. Por las páginas de esos libros, como por un cauce, corre hinchado el caudal de sus ideas profundas y enseñanzas provechosas, caudal de oro purísimo que pasa, a nuestra vera, en estado de perfecta asimilación. El libro de la Biblia fue para Silvio Pellico, durante su encerramiento en las prisiones de Spielberg, como la hebra de luz que, cayendo del cielo, vino a romper las tinieblas de noche oscura, en que se hallaba envuelta su alma.

Con la lectura de libros buenos, se inició la perfección moral de San Agustín, San Ignacio de Loyola, San Columbano, Santa Teresa de Jesús y otros muchos espíritus nobles, que aceptaron la invitación de la voz misteriosa, que les decía al oído: "toma y lee" no hay recreación más grata que la que nos procuran los libros buenos. Quienes tienen el paladar viciado con lecturas acres de novelas pasionales; quienes, en vez de adentrarse en las bodegas de los vinos generosos, se hicieron a la reciedad y aspereza de los vulgares caldos; quienes nada entienden en delicadeza de pensamientos, en sublimidad de ideales, en hermosura de estilos, en lugar de aplicarse a la lectura de libros selectos que realmente deleitan y ennoblecen el espíritu, se sumirán en el fango de hablares poco honestos y se sumergirán en las aguas inmorales de ese río de lecturas antireligiosas o pornográficas, que por la boca de escritores lascivos y volterrianos, se arroja sobre la muchedumbre, en las librerías y kioscos del mundo moderno. Uno de los oradores más alocuentes de la Francia moderna ha dicho que para si no quería sino la soledad y en la soledad a dios, un buen libro y un amigo. ¡cuántas horas amargas tenemos en la vida, ora por olvidos o desvíos manifiestos de personas, a quienes de verdad amamos, ora por ingratitudes a favores otorgados con gran sacrificio! ¡cuántas horas, llenas de melancolía ante la triste visión de esperanzas muertas, de contrariedades ex-

perimentadas, de dudas torcedoras!... En esos momentos un libro bueno, juicioso, es un bálsamo para el corazón lacerado. Un libro bueno es para el alma noble un ser viviente, con quien conversa. Sentir el aroma y respirar el perfume de un libro bueno es uno de los goces más puros. El tiempo se desliza rápidamente en esas encantadoras comunicaciones del pensamiento propio con pensamiento superior del autor del libro. El corazón se hinche de gozo, cuando uno reflexiona lo bueno que ha sido Dios, al dar por medio de la imprenta la duración del bronce y la florescencia de la perpetuidad a las efusiones del espíritu estampadas en los libros. Un libro bueno, como buen amigo, ilustra el entendimiento, deleita el espíritu, mueve la voluntad.

No creáis, exclamaba el orador griego a quien se ha dado el título de lengua de oro, no creáis que las lecturas buenas son sólo para los monjes: antes son las más necesarias a los niños, que han de vivir en medio del siglo. Que no es la nave surta en el puerto la que necesita del timón, del piloto y del número suficiente de remeros, sino la que navega por alta mar. Algunos y algunas (que también ellas se aficionan a libros de amores ajenos) pretenden justificar su curio-

(Pasa a la página C)

pie, fama mundial ya andan al seguro: ante el diablo pan que más sabe el diablo que todos ellos pellas con todo cuanto saben ni pueden saber. Huyan todos de los libros sospechosos y dañosos, de una víbora o un es-